

Se acabó el show

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

En su interesante obra “La habitación donde sucedió”, John Bolton (ex consejero de Seguridad Nacional) revela cómo, tras una de sus numerosas reuniones en el Despacho Oval para tratar asuntos internacionales, Mike Pompeo (Secretario de Estado) le dijo que “¡todo esto puede acabar siendo el show de Donald [Trump], Ivanka [Trump] y Jared [Kushner]” (p.254). Se refería, evidentemente, a la forma caótica en que se llevaban estas cuestiones en la Casa Blanca durante los meses que Bolton ejerció el cargo, abril de 2018 a septiembre de 2019. No debemos olvidar que este republicano de pura cepa había ejercido cargos de responsabilidad en las Administraciones de Reagan, Bush padre y Bush hijo, llegando a la conclusión de que Trump no era apto para el cargo. Y es, como el mismo Pompeo dijo en la reunión del G20 de noviembre de 2018, “no puedes dejarlo solo ni un minuto” (p.261). Según confiesa el propio Bolton, Trump estaba convencido de que podía “establecer políticas de seguridad nacional guiándose por su instinto, confiando en su relación personal con los líderes extranjeros y, sobre todo, en su concepción de la puesta en escena” (p.14). Obviamente, bagaje muy pobre para una persona temperamental, ignorante, caprichosa y vanidosa, ya que las relaciones internacionales se basan en cálculos estratégicos y jamás en la improvisación. Como se deduce del libro de Bolton, las labores de extinción de incendios han sido muchas durante su mandato.

De ahí que, con su derrota electoral, todo hace pensar en un giro en la forma de comportarse del recién elegido presidente en el escenario mundial. Político profesional donde los haya y de formas exquisitas, Joe Biden sobresale por su educación y tono comedido. Aunque habrá que esperar a los nuevos nombramientos para dos puestos claves, el Secretario de Estado y el consejero de Seguridad Nacional. Por lo pronto, posiblemente Kamala Harris juegue un papel más activo que el vicepresidente Pence, de perfil moderado y eclipsado siempre por Trump. Los 77 años de Biden y la personalidad entusiasta de Harris hacen pensar en un mayor protagonismo que el exhibido por Pence durante estos últimos años. Si bien en estas responsabilidades no importan sólo las personas, sino también los programas que se puedan poner en marcha a partir de este momento y es en este punto en el que me quiero centrar, planteando algunas pinceladas sobre qué derroteros puede seguir la nueva política exterior norteamericana respecto de Oriente Próximo.

Empezando por los aliados, no parece plausible que se produzcan cambios drásticos con Arabia e Israel, sus dos puntales en la región. Durante la presidencia de Trump las conexiones con estos dos países se han intensificado. En el primer caso, como consecuencia de la confrontación que Riad mantiene con Teherán por la supremacía en esta área. En verdad, el asesinato del periodista Jamal Khashoggi en Estambul no cambió las cosas, habida cuenta de que estaba en juego una venta multimillonaria de armas. Y es que, como el propio Bolton señala, si no hacían ellos la operación, la harían los rusos. Por eso el asunto ha quedado en nada. En cuanto a Israel, la manera en que Trump ha favorecido sus intereses lo ha enfrentado a la mayoría de la comunidad internacional, que sigue sin reconocer a Jerusalén como capital y que no acepta las anexiones producidas desde 1967. Es seguro que Biden no va a dar un giro espectacular en este sentido, pero cabría esperar que echara marcha atrás en algunas de las decisiones más controvertidas. No olvidemos que la Administración Obama, de la que él era vicepresidente, nunca se alineó estrechamente con las tesis de Netanyahu.

Habrá que ver si ahora retoma esta línea y hace algo por los palestinos y para lograr algún tipo de acuerdo en la zona, porque el plan de paz de Kushner ha sido un fiasco. Tal vez no con Netanyahu, sino con Benny Gantz, que deberá suceder a Bibi dentro de dos años.

Otro aspecto pendiente es Irán. Ya sabemos que Trump criticó el pacto nuclear desde el primer momento y enseguida lo abandonó. Sin duda, había sido el logro diplomático más notable de Obama y conocemos la inquina declarada de Trump hacia su antecesor. Ahora Biden tiene la oportunidad de rescatar el legado de Obama, que es también el suyo, y volver a entablar conversaciones con Teherán. Es algo que los demás socios del convenio están deseando, al igual que Irán. Los primeros para volver a hacer negocios con los ayatolás y los segundos para aliviar las sanciones que pesan contra su maltrecha economía. Quizás no sea el mismo tratado y se deba firmar otro, pero lo que está claro es que un arreglo con Teherán resulta necesario. Y hablando de conciliación, otro frente abierto para Biden está en Turquía, donde Erdogan mantiene unas posiciones muy intransigentes. Desde el golpe de Estado de 2016 los vínculos entre Ankara y Washington quedaron muy dañados, por entender Erdogan que Obama no le había apoyado. Biden tendrá que hilar muy fino para reconducir la situación. En fin, muchos frentes abiertos para una presidencia que se estrena con polémica.

7 de noviembre de 2020

Publicado en *El Diario Vasco*, 8 de noviembre de 2020, p. 35